

Jabier SALUTREGI • Director de "Egin"

ACTUALMENTE EN PRISIÓN (BURGOS, ESPAÑA).
CUMPLE CONDENA DE 7 AÑOS Y 6 MESES POR EL PROCESO CONTRA "EGIN"

«'Egin' consiguió
instaurar el
'periodismo vasco'
que hasta su
nacimiento
no existía»



Las entrevistas a personas presas se han convertido, por desgracia, en un género en este país. El cuestionario y las respuestas escritas son su vehículo. Un modo detestable para cualquier periodista, mucho más para uno como Jabier Salutregi, acostumbrado a repreguntar para extraer todo el jugo. Pero la regla tiene la excepción en este tipo de entrevistas. El director de “Egin” responde con profundidad, de forma fundada, a las preguntas remitidas, hasta componer un discurso denso y lleno de matices.

El 20 de noviembre del 1989 mataron a tiros en Madrid a nuestro compañero Josu Muguruza. En el periódico del día siguiente, el editorial de la página 3, titulado “Matar la esperanza”, llevaba la firma tuya. Tantos años después... ¿Han logrado matar la esperanza?

Fue un auténtico desgarramiento interior el de aquella noche. Aquel día mataron a un amigo íntimo y, probablemente, a un gran líder que a mí me llenaba la vida como pocas, muy pocas, personas lo han hecho. Y sentí con rotundidad, hasta entonces por mí desconocida, lo que era la pérdida y el desvanecimiento total de los sentimientos más consistentes que se pueden experimentar en el transcurso de la vida. La muerte de Josu me arrancó de cuajo la alegría de los ideales y me sumió a otro nivel más profundo de mi vitalidad.

En mi artículo “Matar la esperanza”, redactado en caliente tras el atentado de Alcalá, cada palabra fue mi llanto, cada gemir resultó un párrafo. Recuerdo que cuando cayó el punto final lo hice sencillamente porque ya mis ideas se ahogaban en las lágrimas. En aquél momento, mis esperanzas, como la de muchos más, eran pura ruina.

Sin embargo, no sé cómo, también la rabia que en estos momentos se entreveraba con el dolor, quedaba reflejada en

identidad, pues, ambos eran dos proyectos formidables, por poseer los dos una capacidad de liderazgo insólita. Eran puro futuro, potencia de pueblo imaginado. Su proyección agigantaba su muerte. En el caso de Josu, con mayor claridad, hicieron trizas con un mal disparo la posibilidad, aunque suene a demasiado, de un -hoy hace veinte años- cambio de rumbo en aquellos de caminos de pólvora. Sí, mataron entonces aquella esperanza.

Cumple condena en prisión por ser el director de un periódico que lograba todos los días en el kiosco la aprobación de sus lectores. Jabier Salutregi defiende el legado de “Egin”, su aportación a la sociedad vasca y al periodismo, porque, para él, no es simple pasado. De sus respuestas se deduce que “Egin” y la esperanza, que en algún momento pareció desvanecerse, son como la energía, que ni desaparece ni se destruye.

Iñaki ALTUNA

el escrito, grito de desahogo. En la biografía de cualquier hijo de Euskal Herria existen demasiadas fechas que cuantifican las ocasiones en las que nos han despellejado nuestras entrañas.

La muerte de Josu Muguruza me devolvió el recuerdo de Jonan Aranguren, Iharra, muerto a balazos en Urdax 17 años antes, otra noche terrible en la que se fue al carajo mi adolescencia. Los dos me cayeron encima hasta tallar mi

Hoy, desde la prisión, lugar inestimable para apuntalar convicciones, creo sinceramente que, como la energía, la esperanza ni desaparece ni se destruye, cambia, se recrea, reconstruye, como con el calor se dilata, con el frío contrae y, como la sombra al cuerpo, con la luz, surge y se adhiere a tu persona de modo inseparable.

Aquel 20 de noviembre, fue un mal trago, amargo y duro. De los que te dejan al borde del desistimiento, del abandono.

«Hoy, desde la prisión, lugar inestimable para apuntalar convicciones, creo sinceramente que, como la energía, la esperanza ni desaparece ni se destruye, cambia, se recrea, reconstruye»

«“Egin”, desde que nació, fue diana y objetivo a destruir»

«Aquello fue una incursión bélica, una acción de guerra con armas y con nocturnidad. Ilegal, prevaricadora, injustificable, que se ciscó en los derechos de expresión e información, de los cuales dimanan el resto de derechos»

no y del desfallecimiento. Fue situación límite, como fueron otras que pasaron y otras que vinieron, pero también fue momento de resiliencia y de reinicio, actitud reactiva que este pueblo tiene incrustado en su ADN.

No quiero dejar pasar esta ocasión para recordar a la nuevas generaciones que “Egin”, desde que nació, fue diana y objetivo a destruir. Su irrupción en el panorama comunicativo vasco no fue un paseo por una glamurosa alfombra roja. Hasta la fecha de su salida al mercado, los contados intentos de ofrecer alternativas comunicativas con mensaje de índole nacional vasco ya habían sido objeto de persecución y acciones violentas. La revista “Punto y Hora de Euskal Herria” sufrió un atentado de la ultraderecha española y el propio edificio hernaniarra del periódico hubo de ser evacuado en muchas ocasiones por varias amenazas a lo largo de su existencia.

Jabier Galdeano, fundador y sostenedor de “Egin”, que hizo de este proyecto su vida, cayó por los disparos del GAL cuando, tras una jornada dedicada a recabar información para el periódico, se disponía a enviar sus carretes de fotos a la central de Hernani. Su muerte nos conmocionó y aquel día también la esperanza pasó por un duro control de calidad. El periodismo en “Egin” era un ejercicio un tanto peligroso en la misma medida en que lo era trabajar en lo que, sin duda, se

había convertido en una gran diana del Estado. Esto mismo hizo que el compromiso y las convicciones entraran a formar parte del curriculum de muchos periodistas de la plantilla.

Mirentxu Purroy, una de las primeras directoras de “Egin”, pasó por comisaría tras ser detenida en su puesto de trabajo. José Félix Azurmendi batió récords de idas y venidas a los tribunales (llegó a ser condenado en un ocasión, aunque no fue encarcelado). Javier Sánchez Erauskin fue condenado a prisión y allí dio con sus huesos durante una larga temporada acusado de exaltación del terrorismo por un artículo de opinión. Patxi Xabier Fernández, redactor de “Egin”, también sufrió una detención policial tras publicar un artículo sobre la lucha armada en el que la apología estaba ausente. El entonces senador y abogado Miguel Castells fue condenado por otro artículo publicado en “Punto y Hora” en denuncia de la impunidad. El gran José Bergamín, que colaboró en las páginas de “Egin”, también hubo de pasar de los juzgados por algún artículo de opinión. Y Pepe Rei, quien padeció una persecución constante hasta ser encarcelado por dos veces, merece un punto y aparte. Rei fue un periodista que mantuvo su compromiso, que le llevó, como ya he mencionado, a la cárcel en dos ocasiones. Su tenacidad y práctica periodística, su profesionalidad, le definen como un precursor de

Julian Assange a escala, lógicamente, local vasca. Los muros carcelarios no le achantaron nunca y cuando volvió a respirar aire libre reinventó su periodismo con fórmulas hasta entonces desconocidas bajo los logotipos que expresaban su proyección psicológica y su concepto de la comunicación: “Ardi Beltza”, que fue cerrada por el inefable Garzón “El Bueno”, y “Kale Gorria”, su sucesora, con sede central administrativa en Iparralde, donde la mano del juez estrella no podía llegar.

A Pepe Rei solo le paró una mala curva en la autopista, un día en el que el cansancio laboral le mordió los reflejos. Su accidente no fue mortal para él, pero sí para su proyecto. Permanece su obra, su leyenda y su mirada celta.

¿Cómo viste el cierre del periódico que dirigías? ¿Cuáles son los principales recuerdos de aquellos días?

Aquello fue una incursión bélica, una acción de guerra con armas y con nocturnidad. Ilegal, prevaricadora, injustificable, que se ciscó en los derechos de expresión e información, derechos de donde dimanan el resto de derechos. Además, aquella acción convirtió al periodismo español y parte del vasco (con las salvedades que ya son tan habituales como escasas) en una banda de pobres esbirros que aceptan la amputación de la opinión si esta es disidente del poder y de la españolidad.

Fue, en mi opinión, producto de un revoltijo de factores políticos lo que acabó en aquel desastre y que, en definitiva, inauguró la juerga (orgía) represora que se ha mantenido hasta la actualidad del año 2013. En lugar destacado colocaría como uno de los elementos importantes, la impotencia absoluta de los poderes del Estado (lógicamente se incluyen los gobiernos de Gasteiz y de Iruñea) para silenciar con cierta apariencia no fascista un periódico ciertamente incómodo por ser reflejo político, social y cultural, de todo aquello que, precisamente, necesitaban invisibilizar a todo trance y que, a saber, era la publicación de una fotografía diaria de la imagen de una Euskal Herria nacional y de izquierda. Una radiografía de una realidad que daba fiel registro de causas y efectos de un conflicto ontológico que ofrecía rigurosa información de una cruda realidad que pretendían negar.

Aquel periódico se demostró insalvable obstáculo para algo tan importante también de cara al Gobierno español y sus terminaciones nerviosas: diariamente “Egin” cuestionaba la legitimidad del sistema, de la autoridad, del modelo político y social. Y lo cuestionaba sin «casi» esfuerzo: simplemente llegando a todos los kioscos, sin dejar que la verdad de un amplio sector popular se desvaneciera y sin dejar que vampirizaran las causas que motivaban –motivación y no

justificación– los efectos violentos y crueles (todos) de una lucha política que se estaba dirimiendo con las armas. Te repito, se motivaban las causas sin justificarlas nunca.

Durante años, la guerra contra el periódico se sustanció en un constante intento de ahogo económico empresarial mediante el nada sutil método de la no concesión de publicidad institucional, una práctica que los gobiernos del PNV impusieron con obstinación visigoda: es decir, sin lograr dominarnos nunca y que, por oposición, demostraba la domesticación de los demás medios de comunicación que sí recibían inserciones de publicidad.

Fue una época en la que aquel insípido lehendakari de cuyo nombre no quiero acordarme, barritó aquello de que había que cerrar “Egin” «por higiene democrática». Desconozco quien le sugirió semejante frase, pero constato que el «higienismo político» fue inventado por un tal Hitler y su cuadrilla nazi. El Gobierno de Gasteiz y el de Iruñea, siempre a rebufo, llegaron un momento, subieron el tono y en la misma medida que comprobaban que “Egin” no derrotaba insistieron en el sistema nazi. Atutxa abrió la veda de la criminalización sistemática con aquellos paralelismos de “Egin” con el amosal y cosas terribles con las que nos acusaba poco menos que de lobotomizaciones en masa. La estigmatización de nuestro

periódico en Euskal Herria no coló, pero la actuación de aquellos botarates de Gasteiz, cuando a punto estaba de reventar el Pacto de Lizarra-Garazi, cuando peneuvistas y miembros de la izquierda abertzale practicaban confraternidad y la vida en cuadrilla, aquella criminalización, decía, sirvió de punto de apoyo al nuevo plan de guerra planificado por el Gobierno de Aznar.

El allanamiento nocturno y armado de “Egin”, comandado por el prevaricador juez Garzón se llamó, sugerentemente, “Operación Persiana”. Se llamó así, paradójicamente, porque con aquel cierre, efectivamente se abrió la mayor operación represiva contra la izquierda abertzale de todos los tiempos. Como definió quien fuera ministro del Gobierno de PSOE, Fernando López Aguilar, la «ingeniería jurídica» de I+D de la política española (mucho antes de que Jorge Díez lo mencionara) tomó carta de naturaleza y se «construyeron» delitos a mansalva para Gestoras pro-Amnistía, herriko tabernas, Jarrai, Segi, Haika y para todo aquello que osara levantar el más leve aroma abertzale. Se implantó el toque de queda político y, como diría el politólogo español Antonio García Trevijano, se inauguró el «terrorismo judicial», como lo atestigua el inmenso trasiego por la Audiencia Nacional de una multitud de ciudadanos acusados del enaltecimientos, chistes políticos, artículos, grupos musica-

les y actuaciones diversas, sin que en ningún caso hubiera alguna escama ilegal de donde agarrar. La guerra abierta contra la izquierda abertzale fue total... Creo que fue Nietzsche quien afirmó que el dolor no permite el olvido, lo que además de ser verdad es terrible, pues el dolor se reparte entre todas las trincheras y sobre él se hace imposible construir la armonía; no obstante, es bueno tener memoria y recuerdos para que las reconstrucciones no se erijan sobre falsos pilares.

De aquellos días tengo el fichero mental lleno de dolores y recuerdos, sobre todo, claro está, de momentos malos, muy malos, que, no obstante, sirven cuando el tiempo te permite tomarlos como elementos de experiencia biográfica. Como tales experiencias son transmitibles para que las generaciones venideras las incluyan en su imaginario y puedan lidiar mejor con el futuro. Imborrable queda en mi almacén de los recuerdos, sobre todas, una imagen: 200 policías armados hasta los dientes, atrincherados, feroces, enmascarados, amenazantes en un edificio del que hasta su llegada salían ideas, sólo ideas y pensamiento libre. Al parecer, esto es munición de máximo calibre. Recuerdos de solidaridad, de reacción heroica, de ímpetu militante, asentados tras una traumática devastación insoportable que nos desahuciaba de nuestro derecho a informar y a nuestros

lectores de ser informados. Recuerdo perfectamente que, primero, se nos acusó de recibir dinero de ETA, luego lo contrario, de enviarlo y, finalmente, de haber quebrado la empresa con la maligna idea de no pagar al Estado. Al mismo Estado que nos adeudaba dinero en cantidad desde los inicios del periódico. Lo que tampoco era cierto, como quedó demostrado por la terca realidad: no había quiebra.

Tampoco olvido que el Supremo invalidó años después de que se permitiera llegar a la ruina física del edificio y maquinaria de "Egin", que el cierre no procedía y no se ajustaba a derecho. Y sobre todo recuerdo un juicio en el que el «caso "Egin"», una década después de ser convertido en un proceso judicial, se diluyó en un macro juicio multiorgánico, configurado como una amalgama heterogénea, en el que la defensa de la libertad de expresión se disolvió hasta desaparecer en un planteamiento jurídico general que no nos benefició, tal y como lo habían planificado las brillantes mentes de la Audiencia Nacional... Siempre me quedará la duda sobre qué hubiera ocurrido si el «caso "Egin"» hubiera tenido un juicio exclusivo, en un único sumario por encima de pruritos sectoriales que no son del caso. Creo que nuestro sentido de agruparnos con otros procesos de otros organismos, en aras de mostrar una unidad y solidaridad igualitarias, benefició, por coincidir en su

mismo planteamiento estratégico del «todo es ETA», al gobierno español. Opino que nos faltó la cintura.

«¿Alguien pensaba que no nos íbamos a atrever?», dijo Aznar, y «todo es ETA» construyó Garzón. Lo sufriste directamente. ¿Cómo valoras el cierre de "Egin", la construcción del sumario 18/98 y todo lo que vino después?

Desde luego, cerrar un periódico en Gran Bretaña, en el Estado francés o en cualquier Estado de la UE no cabe ni como hipótesis en la mente de ninguno de los ciudadanos europeos. En la de un español pienso que sí, dada la omnicomprensión del bananismo político que ya es casi parte de su cultura. La prueba es que cuando Aznar, de visita en Turquía, afirmó chulito y bravucón aquello de «¿alguien pensaba que no nos íbamos a atrever?», y definió con claridad infantil su talla política, hizo precisamente eso, señalar que estaba por encima de jueces y fiscales, algo que públicamente nadie se había atrevido a hacer antes que él. Y entonces sólo un patético Garzón se atrevió a chistar un poquito a algo que se parecía a un reproche.

Aznar cayó en la osadía (la valentía de los ignorantes) de cerrar un periódico con el mismo grado de consciencia desplegado en la declaración de invasión a Irak y, lo que es peor, con la misma deshonestidad, ilegalidad y sarta de false-

dades construidas para ejecutar una acción de destrucción. Sin embargo, y a pesar de que fueron Aznar y Mayor Oreja quienes quisieron mostrar ser los más entre los más, en lo de la testosterona política, fueron los cerebrines del PSOE, como el exjuez y biministro de Interior y Justicia, Juan Alberto Belloch, quienes dieron forma a un plan que, a la postre, heredó el PP con Garzón de albacea principal y que, por mor de esa afición tan española como cutre de definir sus hitos con lemas de epopeya, pasó a la historia de la ignominia con un estridente y absoluto «todo es ETA».

A partir de ser objetivado el mapa de aquel «todo», el Gobierno español fijó los objetivos a destruir, y que bajo sus criterios bélicos constituían el esqueleto sobre el que se corporizaba políticamente la izquierda abertzale. De este modo, empresas, fundaciones, organismos, semanarios, periódicos, radios, centros educativos, instituciones lingüísticas, cualquier grupo o entidad que generara interactividad y relación sociocultural y política pasaron a ser objetivos de guerra. Se trataba de destruir con fuego graneado y real las estructuras civiles que sostenían un pensamiento y una ideología abertzale y de izquierdas. Simple y sencillo, secar el océano para que mueran los peces, absorber el aire para matar aves y hurtar la tierra para que el hombre no crezca.

Fue en este contexto cuando comenzaron a cortar a golpe de mandoble policial todo atisbo que apuntara a servir de vertebración material de la ideología de la izquierda abertzale. Si no recuerdo mal, la demolición política comenzó con la detención y destrucción de unas empresas mercantiles, en periodo de pérdidas iniciales, en cuyo planteamiento se contemplaba la posibilidad de dar empleo a refugiados políticos vascos. El mazazo a "Egin" fue la siguiente operación con la que, como he comentado, se terminó por abrir del todo «la persiana» para que las tropas de asalto entraran con sus botas y correajes a arrasar todo el dispositivo civil que para Euskal Herria había construido con gran esfuerzo de gente de izquierda abertzale.

Hubo sí un parón posterior, propiciado por el pacto de Lizarra-Garazi que pilló a Aznar, Mayor Oreja y, por extensión a Garzón, en un fuera de juego histórico. En este punto comenzó otra historia de esperanzas redobladas que cubrieron, creo yo, un importante trecho de avance por constituir experiencia acumulada en la memoria colectiva, de una comunidad que se apuntala como nación de cada escalón. La represión cesó un tanto y los de "Egin" fuimos, poco a poco, puestos en libertad.

Truncadas nuevamente las esperanzas (ruptura de tregua), volvió el movimiento de tropas y el rodar de cabezas. Abatieron Gestoras pro-Am-

nistía, bastión esencial del altruismo y cooperativismo para con los presos y refugiados políticos vascos, segaron el potencial y la proyección futura con el descalabramiento del movimiento juvenil dinamizado por Jarrai-Segi. Dinamitaron todos los vínculos solidarios establecidos con organismos externos de otros países...

Y finalmente, la magna obra realizada por Aznar, Mayor Oreja y Garzón, tras columpiarse en un exceso de indignidad suprema, como lo fue el cierre de "Egunkaria" (que es otra historia), el gran botín de guerra tomó cuerpo bajo el nombre de una simple data judicial: Sumario 18/98. Escueto título para tamaña barbaridad, que pasó en herencia a manos del Gobierno de José Luis Rodríguez Zapatero. Él lo disfrutó y manipuló a su antojo en unas nuevas circunstancias de esperanzas reelaboradas y activadas.

Quienes padecemos los 16 meses de juicio oral y que configurábamos aquella fotografía modelo «mafia», tan perseguida obsesivamente por todos los gobiernos españoles, fuimos muy conscientes de que éramos calderilla de cambio en otros escenarios más importantes. Es de constatar que de haberse mantenido la tregua de aquellos días, más allá de la fecha de nuestra sentencia... ¿alguien duda de que hubiéramos sido absueltos?

Son los contextos coyunturales los que prefiguran la po-

liticidad y los que descubren, como en este caso, la burda pretensión de negar la existencia de presos de carácter político. A nosotros, a todos los que nos embutían bajo un mismo sumario (18/98), nos enviaron al talego por pura reacción consecencial, por puritita venganza política. Por eso colocaron al frente del tribunal, dicho sea de paso, a una desvergonzada cantinera de cuartel que se ciscaba en el derecho internacional si era preciso o se merendaba el Código Penal en el caso de que se lo hubieran ordenado. La señora en cuestión ha dado muestras de ello en otras actuaciones espectaculares.

Y qué decir del inefable Baltasar Garzón, convertido hoy en el "Cid Campeador" de causas ajenas... En el refranero euskaldun también hay sugerencias sabias: «Kalean uso, etxean otso».

Baltasar Garzón podría pasar, como el Duque de Alba de Bélgica, a ser el monstruo de pesadilla de nuestros futuros infantes de Euskal Herria; sin embargo, hombre de circo y show, ha sabido en hábil piqueta trabajar en su restauración de imagen y lograr el mismo efecto que el alcanzado con el «Cristo de Borja», ha conseguido la admiración internacional a pesar de que su figura es despiporre de silueta, producto de la premura del remiendo que, a pesar de todo, le ha permitido colocarse a codazos al lado de un chivo expiatorio de nivel, Assange, des-

pués de aquellos fuegos artificiales jurídicos con Pinochet, el franquismo y demás artillería festiva de traca, desplegada de cara al turista. Todo esto le ha abierto un mercado que en el Estado español se le ha cerrado, curiosamente por aplicación estricta de la lógica opositiva de la práctica judicial y que, como resultado paralelo, le sirve para recomponer su prestigio perdido... Y trataré de explicarme.

Garzón Real, «morroi» mayor del reino español, mantuvo durante sus años en la Audiencia Nacional unas enormes tragaderas ante la visión directa de la vulneración de los derechos humanos que se practicaban con la mayoría de los acusados de ejercer la violencia política. A esto se añadía que la instrucción de sus sumarios referentes a estos casos eran auténticas chapuzas jurídicas en las que brillaban con luz propia sus retorcidas interpretaciones legales de las leyes, que eran en muchas ocasiones prevaricaciones de libro, pero que eran aceptadas por mor y eficacia de la razón de Estado en la guerra al vasco. Tiempo después, con la ambición crecida hasta la desmesura, llegó un día en el que tras comprobar las caricias del halago internacional por su «valiente» actuación estelar con Pinochet y otras causas de parecido lustre que le fueron apareciendo, se envalentonó y se atrevió con mejores y más ilustres objetivos como el franquismo y (con

«Se trataba de destruir con fuego graneado y real las estructuras civiles que sostenían un pensamiento y una ideología abertzale y de izquierdas. Simple y sencillo, secar el océano para que mueran los peces, absorber el aire para matar aves y hurtar la tierra para que el hombre no crezca»

«Son los contextos coyunturales los que prefiguran la politicidad y los que descubren, como en este caso, la burda pretensión de negar la existencia de presos de carácter político»

«Al menos en lo concerniente a “Egin”, la importancia conceptual y trascendental de su cierre (no tanto las detenciones de sus dirigentes) no pudo ser visualizada al estar confundida entre el abundante ramaje de variados despieces jurídicos: la libertad de expresión, de información y de pensamiento quedaron enterradas y aprisionadas bajo toneladas de folios machimbrados»

el clero hemos topado, amigo Sancho) con el caso Gürtel, temas que le podían colocar en la cima del olimpo jurídico como el tío más importante del derecho del siglo XXI y, chachán, (cumplir objetivo más íntimo) obtener el Premio Nobel de la Paz, que algún iluminado ya había propuesto desde alguna esquina de la ignorancia.

Garzón había cruzado, como los viejos mayordomos confiados que sobrepasan la autoridad del señor, las líneas fucsias de la política del PP, sin ser consciente de la capacidad reactiva del Gobierno y del cúmulo de pus envidioso almacenado en su derredor. Cayó Gürtel y se le cayó encima todo el franquismo. Roma no paga traidores y quien prevaricó con éxito en el «caso “Egin”» y otros, lo hizo con fracaso contra los herederos de Franco: inhabilitación y calladito. Y ahí anda el hombre, con la mirada en Oslo, sudando la camiseta con los parias perseguidos de otras tierras, mientras su toga de cruel inquisidor cuelga planchada e impoluta en un escondido y recóndito armario. Galopa por la Pampa, izquierdiza su vocabulario y se erige ahora en el máximo defensor de la libertad de expresión y de la inocencia de Arnaldo Otegi y sus compañeros del sumario que él, y sólo él, inventó.

Las Madres de Mayo, Assange y otros de sus seguidores no debieran olvidar que sus únicos éxitos, por el momento,

fueron los de enviar a prisión a torturados, cerrar periódicos, radios y revistas y, entre otras cuestiones más, construir trampas para Arnaldo Otegi y sus compas. Y todo esto en el 65º aniversario de la Declaración de los Derechos Humanos y a 45 de la proclamación de René Cassin a favor del derecho de información.

En cuanto al sumario 18/98, a su forma y modelo de formato judicial, soy de la opinión –y sé que a toro pasado todo es más fácil– de que hubiéramos tenido que desarbolarlo y, al menos, la pieza relativa al «caso “Egin”», rescatarla para haberla permitido brillar en solitario. La estrategia del Gobierno español – pienso– pasaba por incluir un caso delicado como el de “Egin”, a casi 10 años de su cierre por un Gobierno del PP, como un ingrediente más entre los despieces amasados y que cubrían desde supuestos delitos por venta de bacalao hasta los intentos orgánicos de orientación ghandista en pro de la desobediencia civil pacífica. Dicho de otro modo, el Gobierno español quería con su foto visibilizar el «todo es ETA» mezclando lo sólido con lo gaseoso y, de paso, colar de rondón una especie de vínculo unitario delictivo que, por separado, era imposible. Al menos en lo concerniente a “Egin”, la importancia conceptual y trascendental de su cierre (no tanto las detenciones de sus dirigentes) no pudo ser visualizada al estar confundida entre el abundan-

te ramaje de variados despieces jurídicos: la libertad de expresión, de información y de pensamiento quedaron enterradas y aprisionadas bajo toneladas de folios machimbrados.

Pero el espejo retrovisor no sirve en la historia salvo como especulación estéril. Nada nos salvó del desastre, así que salvo algunas excepciones, fuimos a dar con nuestras vidas a prisión, donde seguimos a día de hoy.

El director de un periódico, junto con otros cargos directivos, en prisión con una larga condena. ¿Cómo os encontráis?

Personalmente no fue tan duro el hecho de entrar en prisión. Creo que por particulares circunstancias personales, estuve previamente durante casi 9 años «entrenándome» para ello. Primero porque, además de pagar una fianza, que es algo anecdótico, tienes la obligación de visitar a los juzgados cada 15 días (durante 9 años) para que no se te olvide en ningún momento que pendes de un hilo y, en general, porque tu vida no sólo ha cambiado radicalmente a peor, sino que te das cuenta de que te has convertido, al menos en mi caso así lo sentí, en un ser descolocado y deslocalizado. Creo que estuve casi 9 años sin saber bien quién era, como si al jefe galo de la tribu de Asterix se le hubiera caído finalmente todo el firmamento encima.

Nueve años después, y una vez en prisión, volví a pillar poco a poco el sentido de mi vida y entre los muros, los paseos de patio taleguero, el txabolo, el rancho infame y el compañerismo, creo que me he centrado del todo. En este sentido reconozco que la prisión fue un golpe que me espabiló con su cruda realidad y su experiencia cruel.

Las condenas recibidas, que en principio superaron sorpresivamente las peticiones fiscales, quisieron ser ejemplares y ciertamente lo fueron, pero no en el sentido pretendido, pues, contrariamente, constituyeron y constituyen un ejemplo de crueldad y de exceso objetivo, de abuso y de anormalidad política que, espero, algún día pase factura. Estimo que en toda Europa no existe un caso similar al nuestro. No se ha registrado un hecho semejante por el que un periódico, que nunca podía haber sido cerrado bajo ningún supuesto legal existente terminara abandonado hasta su demolición por desidia. No existe ningún precedente en la UE que en un país de ella dependiente acabara con toda la dirección de un periódico en prisión, acusados de terrorismo y el propio medio (sus inmuebles, ordenadores, rotativa...), en un estrambótico más difícil todavía, en «instrumento» de una banda armada. Algo así como acusar a un teléfono o, como en mis años de «mili», acusar, arrestar y ce-

rrar una piscina donde un soldado se ahogó. La clausuraron por asesinato y se jodió todo el batallón.

En su parte probatoria, la vista oral fue un festival del esperpento. Un mismo jeroglífico, como prueba escrita, descifrada por criptólogos de la Guardia Civil, convertidos por arte de magia presidencial en «peritos» de sus propias investigaciones, fue esgrimida una y otra vez como prueba contundente contra “Egin” hasta que se demostró («cayeron en la cuenta», según su versión) que la citada prueba pertenecía al “sumario Egunkaria”.

Fue terrible ver y comprobar que a falta de testimonios, nuestras condenas fueron perfiladas a golpe de «inferencias» policiales por parte de los «peritos» (ni siquiera indicios). Y las «inferencias», en mi opinión y en la de muchos pensadores e intelectuales, se pueden definir como la capacidad para producir un nuevo conocimiento a partir de otro. El proceso inferencial no es demostrativo, puede confirmar, pero NO probar. Las inferencias, que no son nunca demostrativas, deben ser contempladas no como proposiciones válidas o no válidas, sino, como mucho, plausibles o no plausibles, sin llegar a la categoría de rigor contundente.

Por este proceso de inferencia se llegó a afirmar (inferir) por parte de los «peritos» policiales, que el centro de educación musical infantil Txirula-Mirula era un organismo

perteneciente al entramado del «entorno» de ETA. Este es el poder de la «inferencia» que se nos aplicó.

Pero tras estas sentencias existen auténticos dramas humanos que rompen cualquier sensibilidad. No solo las condenas supusieron una burrada adoptada con un retraso infame de casi 10 años, lo que enmarca aún más la absoluta descontextualización en la que se produjo el juicio, sino que los años de prisión acabaron siendo el resultado de una desmesura que santificó y consagró la desproporción de la justicia, asunto este –la proporcionalidad–, que constituye una de las columnas vertebrales del Derecho.

Consecuencia de ello es la amarga realidad que actualmente rodea las distintas situaciones humanas de los prisioneros “eginzales” y cuyo común denominador (en otros casos al margen de “Egin” también) podría centrarse en la edad, en la mala edad para estar intramuros.

Ninguna época, vaya por delante, es buena para entrar en la cárcel. En el caso de los miembros de “Egin”, a todos nos pilló un tanto talluditos, unos más que otros, y las facturas personales son evidentes, aunque se llevan con dignidad. Podría bastar, para calibrar el asunto, pensar en que el tiempo transcurrido desde que comenzó nuestro calvario cumple ya los 15 años y para cuando salga el último... Me niego a calcular.

Algunos ya entraron entonces tocados por los achaques propios de los años, muchos sobrepasaban entonces los 60 y hoy superan los 70 largos. Problemas cardíacos, diabetes, colesteremias, artrosis, artritis, lumbalgias, hipertensiones, prostatismos y un largo etcétera, en el que tampoco faltan problemas psicológicos de diversos grados, completan un cuadro bastante duro. Es difícil mantener a raya la melancolía a unas edades en las que el físico te acosa con dolores y las páginas de esquelas son lectura habitual. A todo esto, cabe añadir que la situación carcelaria no es precisamente propicia para el desarrollo normal de la personalidad de cada uno. Son habituales y constatables las somatizaciones y el estrés silencioso e inconsciente que conlleva la estancia carcelaria. Asimilar la prisión es algo que choca con lo natural, con la aceptación del subconsciente, lo que provoca, a veces, el pago de peajes en forma de decaimiento físicos, inmunodeficiencias...

No puedo hablar en nombre de cada uno de mis compañeros de “Egin”, pues a pesar de estar al tanto de sus vidas, nadie entre nosotros centramos las noticias en quejarnos cuando nos ponemos en contacto. Nos damos ánimos y hasta nos contamos chistes por carta (algo horroroso). Algunos, ante el gran vacío temporal que se nos abrió, estudiamos carreras insólitas y hasta me atrevería a calificar, descabe-

lladas. Todo con tal de hacer añicos el infinito aburrimiento vital que provoca estar encerrado. En este sentido, sigo opinando que la prisión (prisiones) siguen siendo lugares que se pueden convertir en universitarios, un tanto devaluados por un montón de restricciones del sistema. Las lecturas, la gimnasia, los paseos un tanto compulsivos por las condiciones de los circuitos limitados que nos imponen, componen el «campus».

Y también un recuerdo para aquellos que libraron la cárcel a cambio de su vida: Manu Aranburu, Jose Ramon Aranguren.

Periodistas y directivos de medios de comunicación presos... ¿Qué significa esta situación, por otra parte insólita en otros países de Europa?

La Europa actual –lo adelanto– asume ya mucha basura política. El «caso “Egin”» es una mota de polvo que ha llegado a los tribunales de Estrasburgo después de que el Tribunal Constitucional español entrara a valorarlo, a pesar de las duras condenas carcelarias y el elevado número de encarcelados, y esto es quizás lo más llamativo, el cierre de un periódico ocurrido hace ya 15 años.

Y dictamine lo que dictamine Estrasburgo, si algún año de estos lo hace, la gente europea quedará sorprendida si se entera. Quizás sí les llamaría la atención en el caso de que se emitiera una sentencia «varapalo» contra la judicatura es-

pañola y entonces se percatarían de que se trata de un caso de libertad de expresión. En ese caso, sinceramente no creo que tampoco se levantaría demasiado escándalo, al menos no el que se merece.

Las «cosas de España» comienzan a servir de anecdotario que se ponderan con cierta compresión hacia un país que todavía tiene tics despóticos inevitables por ser consustanciales a una democracia surgida de una época autoritaria. Italia tiene sus berlusconadas, Gran Bretaña diputados travestis, Francia dirigentes que son depredadores sexuales y España tiene «esas cosas represivas» a la turca.

Tengo en cuenta que el eurocentrismo es algo muy profundo y viene de largo su enraizamiento en la sociedad. La mayor parte de los ciudadanos europeos cree que su civilización es única, superior y natural por ser metafísicamente la verdadera, así que cualquier anomalía que trastorne lo que hay, lo que está al lado, les descoloca, les incomoda y no lo aceptan. Que existiera un medio de comunicación en Europa, que sostuviera enhiestas unas ideas en contra de las concepciones modernas de los Estado-nación abarcentes y en contra del capitalismo, y encima constituyera una alternativa extensible, hacía comprensible su liquidación. Casos como “Egin” se constituyen medularmente en objetivo de la aplicación de la razón de Estado y de aquello de que el fin

justifica los medios. Y esto en Europa encaja perfectamente... aunque no les gusta y miran, mientras se puede, a otro lado.

Valoro que el tiempo transcurrido, 15 años ya, se configura como una losa pesada de levantar sobre un caso que, de redescubrirse, sorprendería desagradablemente. Una sentencia «revoltosa» devolvería a la actualidad el insólito hecho de que en una esquina de Europa se persigue la libertad de expresión hasta el encarcelamiento de periodistas, prácticas solo homologables fuera de su civilización.

En este punto es de subrayar que Europa sigue manteniendo su identidad democrática en la «alteridad» del otro; de este modo, turcos, árabes y sus «kurdos» son los bárbaros incivilizados y antidemocráticos que encarcelan periodistas y cierran periódicos, sin percatarse de que cuando se invade Irak, para mayor gloria de progreso civilizatorio, se cepillan periodistas, periódicos y se impone la censura militar para todo el Occidente. Y que cuando con un fenómeno informativo como «Wikileaks» se encuentran al «otro» en su propia casa, Europa tiene que remangarse para entregar a Julián Assange, o, como mínimo mantenerlo bloqueado y acorralado.

Pero puede ocurrir todo lo contrario y, precisamente, por el mismo discurso. Europa siempre se muestra presta a colocarse medallas por su mérito civil. Al fin y al cabo, evitar

anomalías de este calibre, y me refiero al «caso “Egin”», ayuda a sostener la imagen de su sociedad ante el resto del mundo.

Sin embargo, como decía, la UE asume ya mucha, demasiada porquería política... No sé, no me fío de nada, aunque creo que merece el esfuerzo de proseguir con la pelea del caso más allá que de que se gane o se pierda, pues siempre será importante señalar con el dedo acusador hacia aquellos conflictos hirientes que se pretenden ocultar y amontonar en el trastero de las iniquidades europeas.

Es imprescindible que organismos internacionales, federaciones, asociaciones europeas que levantan la voz cuando diferentes países de la periferia eurocéntrica golpean y atacan la libertad de expresión, se percaten y noten que en el salón de su propia casa detienen, condenan y cierran medios de comunicación con la misma facilidad y el mismo discurso empleados por cualquier república bananera que ellos desprecian y denuncian. Es importante que se pronuncien sobre el hecho inaudito de que en la Unión Europea se mantiene en prisión al director de un periódico, a su subdirectora y a todos sus dirigentes empresariales, hecho único y tan anacrónico como desconocido por el periodismo europeo. Desconocido u olvidado, lo que sería peor, por un periodismo siempre vigilante y alerta ante las posibles vulne-

raciones contra sus miembros allende de fronteras, sin darse cuenta de que tienen en su jardín varios cadáveres enterrados.

La historia de “Egin” es mucho más que su cierre. ¿Qué contribución hizo al periodismo vasco?

Las nuevas generaciones de jóvenes vascos se han perdido vivir el «fenómeno “Egin”», porque este periódico fue fenómeno y un nuevo paradigma periodístico-comunicativo para Euskal Herria. Con rotundidad se puede decir, sin faltar a la verdad, que el nacimiento del periódico de Hernani trazó un profundo corte entre un antes y un después en la comunicación social y política de Euskal Herria y también en la española, aunque a alguno se le antoje exagerado.

Un primer apunte que indicaría su categoría fenoménica fue el hecho de que el PNV, extendida y propagada públicamente la noticia de la salida de un nuevo proyecto comunicativo de corte nacional aglutinado en lo político, se vio la necesidad de revolver en su gallinero y a golpe de talón y frenesí militante sacar y estreñar unos meses antes, aunque fuera con precipitación, su periódico. Creo que fue un error que costó la creación de un espacio comunicativo vasco libre de la imposición de órganos de pensamiento partidista. La salida del periódico del PNV condicionó a futuro cualquier periódico neu-

tral del nacionalismo vasco donde se contemplara la pluralidad. De todos modos, este pensamiento se me antoja utópico hoy día.

Dicho de otro modo, al PNV no le gustaba la idea de no controlar un diario que postulaba su vocación popular, nacional, «voz de los sin voz» y reflejo y expresión de la sociedad vasca. Así que ya, antes de nacer, “Egin” comenzó a condicionar el panorama comunicativo vasco, y lo condicionó aún más cuando su rotativa vomitó sus primeros números y los demás medios se vieron forzados a la «readecuación» y «reorientación» de todos sus contenidos. Hasta entonces, sostenedores y legitimadores de un posfranquismo cauteloso, los medios se habían caracterizado por dormir a sus lectores con una información meliflua y lábil políticamente, con tendencia preminente a plasmar una filosofía nacional española de derechas, menos arisca que la puramente franquista, pero todavía con sus automatismos y hábitos atávicos.

Definitivamente, el periodismo vasco, tras la muerte de Franco, siguió sin ser vasco de puro españolismo hasta que llegó “Egin” y mandó a parar con la irrupción, por primera vez en un montón de años tristes y de silencio, de su grito nacional y de libertad que, además, reventó con una exclusividad que «pisó» al PNV al dar noticia de la vuelta del lehendakari en el exilio, Leizao-

la, a Euskal Herria. De este modo tan simbólico, “Egin”, desde su primera publicación, enlazó de un plumazo y una fotografía el pasado y el entonces presente nacional. Y a partir de este día ningún periódico del panorama vasco volvió a ser el mismo.

Ningún medio volvió a ocultar (camuflar, sí) la realidad vasca y todos, tras millonarias y costosas reconversiones técnicas y agiornamientos políticos muy sugerentes que, en algún caso, retorció las vísceras ideológicas de sus editores, comenzaron a difundir, como mínimo, «sus verdades», adornadas con mucho fútbol, para extender entre pan y pan, entre gol y gol, su discurso. Los contenidos, las opiniones, las temáticas, los géneros periodísticos se afinaron de la noche a la mañana y los periódicos adquirieron, por oposición lógica, por pura alteridad, un protagonismo político inmenso.

Recuerdo en este sentido los grandes movimientos de opinión, vehiculizados por los medios de comunicación, en torno a «una costa vasca no nuclear», a la reclamación del derecho de autodeterminación –aquella fotografía de Benegas sosteniendo la pancarta reivindicativa de la autodeterminación–, la fiebre y explosión de comunicados de prensa de los partidos políticos, las ruedas informativas a todas horas y en todo lugar, actos que nunca se habían prodigado tanto hasta entonces.

«El periodismo vasco, tras la muerte de Franco, siguió sin ser vasco de puro españolismo hasta que llegó “Egin” y mandó parar con la irrupción, por primera vez en un montón de años tristes y de silencio, de su grito nacional y de libertad»

«Solo un periódico como “Egin” puede perpetuarse tras un varapalo de estas características a los seis meses y 14 días, saliendo casi de la nada, de un montón de cenizas humeantes todavía»

«Yo creo que es cierto que “Egin” cohesionaba a un amplio sector de Euskal Herria y ayudaba con ello a imaginar nuestra nación»

«La renovación de “Egin” fue una experiencia colosal y de unos efectos importantes como se comprobaría... en enero de 1999, cuando salió por primera vez a la calle GARA»

«Una renovación como la llevada a cabo, a lo que entonces llamamos internamente “el nuevo Egin”, además de una locura, constituyó un revolcón individual y colectivo de todos y cada uno de los periodistas de la plantilla»

Fue “Egin” el periódico que publicó el borrador de la Constitución española en exclusiva, para sorpresa del Estado, el primero también en sufrir un secuestro gubernativo por publicar un inocente «Libro rojo del cole». Y algo esencial: la introducción del euskara como vehículo comunicativo periodístico diario y que trajo una consecuencia trascendental de envergadura universal, que hoy se puede ser poco apreciada. Hoy en día el periodismo euskaldun es deudor del «euskara periodístico» que los redactores de “Egin” fueron readecuando sobre la marcha y que, hasta entonces, se había acometido desde aplicaciones periodísticas sin tantos condicionantes y restricciones de tipo informativo inmediato de un diario. Algo tuvo que ver Xalbador Garmendia y sus chicos en todo esto que cuento.

Y sobre todo, fue el único periódico que permanentemente sacó de sus casillas a las elites políticas y económicas en el poder y alivió la situación de los perseguidos, de los represaliados, de los combativos y de los librepensadores. Fue periódico coraje y campeón de la verdad. Fue producto innovador, por fuerza mayor, que inventó las mil maneras de salvar el boicot de la publicidad institucional (y de las grandes marcas multinacionales). Publicó miles –cientos de miles– de cuadernillos de fiestas de pueblos, barrios, de sidrerías, de even-

tos que daban soporte a miles de módulos publicitarios y que se convirtieron en fuentes de financiación alternativas.

Nuestra estrategia heurística llegó a niveles inimaginables, y quiero hacer notar en este punto que todas estas iniciativas que hoy en día son utilizadas por todos los demás medios comunicativos de prensa escrita, fueron imaginadas y creadas por primera vez por las gentes y mentes de “Egin”. Y en paralelo, casi estoy seguro también de que fue aquel periódico el que convirtió las promociones en instrumento eficaz de doble filo político-económico. Dicho de otro modo, de la necesidad se hizo virtud. Tras estas actividades, que hoy se incluyen en cualquier plan de viabilidad de las empresas periodísticas como partidas normalizadas, fueron creadas por “Egin” y también, porque no decirlo, por el duro acoso al que fue sometido durante toda su vida y que indirectamente agudizó su ingenio.

Pero sin duda, y con ello vuelvo al principio, “EGIN” lo que consiguió fue instaurar «el periodismo vasco» que hasta su nacimiento no existía. Constituyó así un cambio de paradigma sobre el que los estudiosos del tema les convendría hacer un análisis comparativo de contenidos periodísticos antes y después de “Egin”, para que se den cuenta de lo que digo.

Y fue algo más, mucho más, como pudo comprobarse al día siguiente de su cierre a menos de 24 horas de que Garzón ensuciara con las botas de sus polizones las redacciones de Hernani, Bilbo, Iruñea y Gasteiz. Solo un periódico de buenos profesionales adheridos a un ideal fuerte y nítido puede sacar adelante un producto como “Euskadi Información” en tiempo récord de Guinness. Y añadido más, solo un periódico como “Egin” puede perpetuarse tras un varapalo de estas características a los seis meses y 14 días, saliendo casi de la nada, de un montón de cenizas humeantes todavía.

“Egin” concitaba poderío popular, por ser una expresión viva y generar una alta adicción lectora con su consiguiente dependencia. Cerrarlo expolió de manera automática las ganas de resucitarlo al precio que fuera, como un acto que cumpliera un doble objetivo: recuperación de lo robado y castigo político al Gobierno español.

Pero también contaba con lo primordial, con un capital humano preparado, patrimonio principal de “Egin”, que se había curtido en el mejor escenario de fabricar proyectos comunicativos, que se había formado en una escuela real donde durante años se aprendió entre el error y el éxito a hacer un periódico en el que confiar. Pueblo, rabia, pasta, ganas y experiencia: simbiosis perfecta para hacer un nuevo proyecto.

Y en el ámbito social y político, ¿cuál es el papel jugado por “Egin”?

Como ya he explicado e introducido el tema de alguna manera en otras preguntas, un proyecto comunicativo tiene como principal objetivo dar legitimación a unas ideas y unas ideologías, unos principios, unos valores, una cultura, unas relaciones sociales, unas instituciones, unas reglas de juego, una forma de ser, una forma de sentir, de vivir... Un proyecto de este calibre tiene como fin dar carta de naturaleza a una identidad que tiene derecho a ser respetada y a ser configurada y reconfigurada hasta sentirse nación o lo que desee.

Un periódico, efectivamente, tal y como dijo aquel insípido lehendakari, tiene entre sus principales deberes ser reflejo de su pueblo y «dar coherencia» a su pensamiento, «coherencia ideológica» y legitimar esta como una acción práctica social positiva. Yo creo que es cierto que “Egin” cohesionaba un amplio sector de Euskal Herria y ayudaba con ello a imaginar nuestra nación, que de eso se trata. Creo que dábamos forma y difundíamos los vínculos y los lazos necesarios para que una sociedad se reconociera a sí misma y que, como tal, pudiera reivindicar su lugar reconocido, aparatando de sí el miedo injusto de perder la identidad.

Nuestro periódico convocaba diariamente a la población vasca a ver plasmado en el pa-

pel prensa los contenidos que vertebran una sociedad en igualdad entre los ciudadanos que la componen, que piensan, actúan y se relacionan para formar una comunidad que les preserve como individuos y que también ampare el producto de su historia, de sus experiencias generacionales, que proteja una cultura aprendida que le proyecta hacia un futuro deseado, de una manera determinada social, cultural y política.

El papel pretendido por “Egin” era monitorizar la vida en todos los aspectos esenciales de Euskal Herria como tal, y vida de todo aquello que con nuestro pueblo se relacionara, le condicionara o influyera. Y, cómo no, también pulsábamos las realidades de todo el mundo posibles y sus experiencias, sobre todo aquellas que constituían lecciones de las que colegir métodos y fórmulas de supervivencia aplicables en nuestro entorno. Siempre volcamos nuestras pretensiones, según mi opinión, en denunciar el desequilibrio en el reparto de las riquezas y en la defensa de los más débiles. Quizás, en este sentido, la balanza se nos inclinaba más hacia el mundo político y laboral, pero creo que era por cuestión genética.

En el ámbito ecosocial nadie pondrá en duda nuestra ambición y vocación ecológica, pues fuimos pioneros en publicar ad hoc un cuadernillo semanal dedicado al medio ambiente, “Ingurugiroa”.

Cierto es que también este producto quemaba en las manos de las elites del poder político y económico y, posiblemente –nunca lo sabremos con exactitud matemática–, más de un «proyecto-monstruo» acabaría en la basura, no ya por la acción directa de nuestras publicaciones, sino por la incansable labor de ideologización ecológica que apoyábamos y empujábamos desde “Egin” y que cuajó hasta objetivarse y penetrar en el subconsciente colectivo hasta constituir que lo ecológico dibujara unos parámetros mínimos en la sociedad vasca. La ecología en “Egin” fue un fiel reflejo de los movimientos populares y de sus dinámicas que, por decirlo de algún modo, se hicieron en paralelo con nosotros.

Y «traíamos de ciclismo», tal y como exclamó el gran escrito argentino Julio Cortázar, cuando Felipe González y Alfonso Guerra pretendieron convencerle de que “Egin” era un «panfleto». «Me mintieron, felones», concluiría a la vista de los reportajes del Tour. Porque aquel periódico, en efecto, tampoco evitó ningún esfuerzo por ofrecer una panorámica total del palpito nacional de Euskal Herria. Los deportes tuvieron lugar, muy destacado diría yo, en los contenidos diarios. Cuadernillos especiales como “Goimenditan” hicieron escuela y, si se me apura, del ciclismo, un deporte con arraigo especial como el montañismo, logramos

montar la mayor «porra» ciudadana (también de Guinness), reflejo excepcional de interactividad entre un periódico y sus lectores.

Este mismo ejemplo de interactividad arroja luz sobre algo que considero importante y que ilustra el rol socio-político que “Egin” representaba. El periódico era una experiencia que sus lectores construían, y así lo entendían y sentían, diariamente. La comunión entre quienes le dábamos forma y sus lectores fue, era, de una profundidad casi espiritual. Sus aciertos y sus errores, que hubo de todo y en cantidad, eran sentidos, festejados y lamentados con lluvias tanto de críticas como de parabienes. Y esto no es producto de una creencia personal, sino de vivencias.

Esta simbiosis entre periódico y lector tenía su «test» anual en un día señalado, idea de aquel gran hombre que fue Xabier Galdeano: el “Egin Eguna”, una jornada de fiesta y de reafirmación que fortalecía el proyecto “Egin” como un instrumento de construcción nacional de primer orden y que confirmaba nuestro camino. Una multitud alegre y festiva que se daba cita anualmente en Altsasu (habitualmente) en una especie de rito que servía para medir, casi empíricamente, el cuerpo del periódico y ver su rostro humano, su edad y su voz.

En concreto, sobre tu etapa como director, cabe recordar

que, poco después de asumir el cargo, en 1992, llevaste a cabo la mayor renovación nunca realizada en el diario. La inserción del color, un producto notablemente más rico en contenidos, un diseño moderno y una forma renovada de entender el periodismo (bajo la premisa de realizar información diferenciada)... Todo ello colocó en los kioscos un buen producto. ¿Después de todos estos años, qué dirías de aquel “Egin” en concreto?

La renovación de “Egin” fue una experiencia colosal y de unos efectos importantes como se comprobaría... en enero de 1999, cuando salió por primera vez a la calle GARA. Creo que con aquel proceso reinventarnos el periódico “Egin”, todos aprendimos a construir por nuestros propios medios algo que se consideraba tan difícil como un diario. Estimo, y en ello baso mi afirmación primera, que gracias a aquella costosísima y dura experiencia de la renovación de 1992 pudo, en parte, ponerse a rodar el nuevo proyecto GARA en 1999.

La renovación de un periódico siempre debe responder, en mi opinión, a dos cuestiones de situación. En primer lugar, por su importancia incuestionable, responde a un cambio tecnológico que, en nuestro caso se imponía por necesidad física: la vieja rotativa se había quedado pequeña y sus prestaciones eran limitadas. Se precisaba una nueva máquina y con ellos se

ampliaban las posibilidades de ofrecer más y mejor producto, incluyendo el color. Este simple cambio nos hacía apretarnos las meninges, pues cambiaba muchas cosas técnicas a las que había que adecuarse.

Impuesto uno de los principales motivos, añado la segunda cuestión que es tan importante como la primera, y que influye a la hora de renovar: el cansancio psicológico de los profesionales que lo fabrican. La mayoría de las piezas y herramientas de un periódico son los seres humanos que lo elaboran, piezas que se desgastan con suma facilidad, sin posibilidades de un recambio instantáneo, ni siquiera a medio plazo. Los periodistas son personas que se mantienen en constante tensión, todos los días se examinan ante un público numeroso y deben mantener una motivación continua, muy estresante. Pero el día a día reconcome suave, aunque con constancia de gota malaya.

Los periodistas, como cualquier persona, pasado un tiempo se acomodan un tanto, burocratizan su práctica y tienden a convertirse en «funcionarios» de la información que trabajan con clichés medio automatizados que les sirve, por poner un punto, para hacer todas las ruedas de prensa del mundo aplicando las mismas estructuras de estilo y forma al margen del contenido. Si esto no se corta, algunos llegan al aburrimiento profesio-

sional, que es lo peor que le puede ocurrir a él, al periódico y al lector.

Una renovación como la llevada a cabo, a lo que entonces llamamos internamente «el nuevo “Egin”», además de una locura, constituyó un revólucion individual y colectivo de todos y cada uno de los periodistas de la plantilla. Se renovaron motivaciones, la redacción se rediseñó a fondo (rediseño principal que afecta a redistribución del personal muy profunda) se despertaron nuevas ilusiones, nos sacudimos colectivamente de la galbana generada por el hábito, nos reubicamos en nuestros puestos y precedimos a una autoorganización colectiva. Fue tremendo, pues todo este movimiento interno e intenso se llevó a cabo mientras trabajamos para sacar adelante el «viejo diario» sin parar ni un sólo día. Y mereció la pena, pues el cambio de actitud se reflejó a todo color en el nuevo producto más fresco, actualizado y rompedor. Y añadiría una tercera consecuencia: la autopromoción del producto fue también de gran impacto.

La renovación –quiero dejarlo claro– también incidió en una nueva forma de hacer periodismo; introdujimos por primera vez en la historia de “Egin” la publicación de un editorial diario, lo que constituyó un paso hacia nuestra transparencia ideológica, con lo que conllevaba esto en aquellos tiempos. Las páginas

de opinión se abrieron de par en par, aunque desgraciadamente fueron muchas veces boicoteadas como vehículo de debate y diálogo. De todos modos, algo ya se logró. Se doblaron los esfuerzos de periodismo de investigación, capitaneados por Pepe Rei, lo que supuso una variación estructural importante con resultado de éxito.

“Egin”, recobrando nuevos bríos, ganó adeptos, aumentó sus ventas, sus promociones hicieron historia y empresarialmente se dobló limpiamente la ciaboga-límite del desastre económico y se empujó a una navegación mas tranquila de la mano de Manu Aranburu, un pequeño genio financiero. Quizás con ello se precipitó, un poco más, la decisión de Aznar-Mayor Oreja. De no ser por el cierre, aquel proyecto habría tenido recorrido, y con nuevas tecnologías que ya entonces se apuntaban en el mercado, nuestras posibilidades de mejora habrían ido en aumento, con renovaciones puntuales y constantes, cíclicamente siempre con el objetivo doble de motivar y buscar nuevos contenidos.

El periódico que cerraron tenía la vocación, no solo de permanencia, pues su consolidación como proyecto estaba lograda, sino de crecer y diversificarse, tal y como estaba estudiándose con su salida en Internet, que ya entonces ponderábamos sus posibilidades. En cartera quedó la pro-

moción y creación de un diario hermano que llenara un vacío informativo abertzale en Iparralde y que, sobre todo, ocupara un objetivo estratégico de futuro. En fin, desde un hoy en el que desconozco absolutamente todo lo concierne a lo que rodea un proyecto informativo en la actualidad, pienso en aquel ayer truncado que, entonces, hasta el 14 de julio de 1998, se nos presentaba con problemas, pero con muchas ilusiones... Llevaba seis años en el cargo y confieso que me estaba rondando dar un nuevo y pequeño revolcón... Mejor dejarlo.

De tu etapa como director destaca también el estilo de titular. De forma incisiva, con intención. Titulares cortos y sugerentes. ¿Qué titular de primera página harías de la situación que vive actualmente nuestro país?

Siempre me ha gustado jugar con los significantes y los significados, con intencionalidad y la ambigüedad del lenguaje, con la complicidad del interlocutor, con su memoria, con su inteligencia, con las suposiciones, con la inferencia, con lo implícito, con los sobreentendidos. Además, quiero pensar que los lectores son inteligentes y con suficientes experiencias vitales y culturales como para evocar y deducir en décimas de segundo la intencionalidad y la conexión de todo un mundo de ideas y hechos que se

quieren transmitir tanto informativa como opinativa con pocas palabras y que, a poder ser, son gráficamente de buen tamaño.

Buscaba, siempre que era posible, el titular chispazo, el chasquido no solo informativo, sino el que se utiliza para despertar la interpretación de cada lector con este estilo que, lo reconozco, puede llevarte a lo burdo y al error, pero que creo que daban una personalidad diferente al resto de diarios. Y, desde mi punto de vista, merecía la pena exprimirse el cerebelo hasta dar con las palabras claves que dieran con un titular que resaltara el tuétano de la noticia.

Hoy mantengo la opinión de entonces, pues ya en aquellos años, el lector de periódico, cuando encaraba la primera página se encontraba (y se encuentra) la mayoría de las ocasiones, con noticias e informaciones «viejas» que ya las había visionado y oído durante el día anterior en radios, televisiones (hoy día unos cuantos canales más), internet, etc. Es por esto que creo que los titulares de las noticias (de todas las que se publican) deben estar trabajados desde la óptica de la sugerencia opinativa, con el objetivo de provocar y renovar el interés informativo de la «vieja» noticia, ofreciéndole, en todo lo que sea posible una recreación y nueva versión, claramente subjetiva y por ello honesta, de lo sucedido y noticioso. Los lectores de

prensa escrita, ya entonces, y más ahora, supongo, quieren y buscan lo que subyace más de lo que yace, quieren sesgo, óptica y cristales de diferentes colores con los que valorar y comprobar dónde está la mentira y dónde la verdad.

El papel de la prensa tiene un futuro bastante oscuro si se empeña en ofrecer menús supuestamente informativos neutros (que no existen) y semejantes al de todo los demás diarios, y estimo que los tiempos no están para lograr exclusivas a diario. Además, si estas se dan, a los pocos minutos están en todos los ordenadores conectados a la red, con lo que el esfuerzo se evapora sin apenas beneficio y con el riesgo de que sea manipulado.

No obstante, soy de los que creen que el papel tiene todavía un recorrido a medio plazo –limitado, sí– si focaliza sus informaciones a lo puramente local e incluye doble carga de opinión, firmas de prestigio, análisis, estudios, sondeos políticos, sociológicos... No sé, quizás esté mediatizado en mi doble circunstancia de tener cierta edad y ser preso. Dicho de otro modo, soy de la época del papel y estoy lejos de los chismes y aparatos de nueva tecnología.

En cuanto al cuál sería mi titular de primera página en la actualidad, pues no es nada fácil. Hay muchos temas que queman y que un día sí y otro también marcan pautas dispares, aunque encadenados

«Siempre me ha gustado jugar con los significantes y los significados, con intencionalidad y la ambigüedad del lenguaje, con la complicidad del interlocutor, con su memoria, con su inteligencia, con las suposiciones, con la inferencia, con lo implícito, con los sobreentendidos»

«Todo los días, como algo mágico, veía cómo transcurría la vida de Euskal Herria. Todo un privilegio que añoro profundamente con la fuerza de una adicción y que me mantiene en perpetuo síndrome de abstinencia... Para mí, todavía "Egin" es. No fue»

por el vil metal, el dinero, el paro... Está la situación de una Euskal Herria en un momento histórico especial (como casi siempre), están las guerras, Latinoamérica... Son un montón de titulares si lo pensamos bien.

En lo que respecta a la situación económica, la crisis y todo lo que esta acarrea, mi idea iría hacia la búsqueda de una salida real. Algún día habría titulado «Todos somos Islandia» o «Seamos Islandia». Estaría bien para recordar que existe un país que no dobló el espinazo y supo responder como un pueblo con dignidad, valentía y entereza inteligente.

Sobre Euskal Herria, dada la situación, mi atención se fija en Estrasburgo y la relativa zozobra a la que estamos sometidos los presos. Lo publicaría el día anterior a la fecha fijada: «Estrasburgo nos para el pulso» (habría que dar alguna vuelta). Difundido el dictamen, hay dos posibilidades sobre las que ahora preferiría no especular, pero tiraría por opinar lo que merece la sentencia con rotundidad y claridad: «Sopapo a Madrid» o «Europa también quiere venganza». Algo así...

En cuanto al paro, ya dejé el estilo en el 93 o 94: La cifra de los parados en gran tipografía es suficientemente contundente. Sobre la corrupción (corrupciones), reconozco que el apellido «Bar-Cenas» daría para más de un juego de palabras, al igual que Mato y

otros, pero no es un tema para tratar con excesivo humor si tenemos en cuenta que en la otra parte de la balanza de la actualidad nos encontramos con desahucios y la miseria. Me inclinaría por un lacónico «Algo huele a podrido en el PP» o algo corto que nunca publicaría, quedándome con las ganas: «PP, KK».

Con lo de la monarquía le daría más de una pensada, aunque en un momento dado apuntaría una alusión al «Duque empalmado», o una exclamativa «Iñaki, ze urrun dagoen Katar!». Como veis, son títulos que podrían servir para iniciar un bombardeo de ideas en una reunión de dirección de la que saldrían títulos mejores. De todos modos, no he querido eludir la respuesta a vuestra sugerente pregunta que, por otro lado, me ha hecho sonreír de añoranza.

Y si te pidiera un editorial, ¿cuáles serían las ideas principales para desarrollar y explicar ese (esos) titulares?

Difícil cuestión la que me planteas, pues el editorial debe estar pegado a la actualidad y esta, desde un periódico, debe ser atrapada casi antes de tiempo. No obstante, y a pesar de estar encerrado y lejos de la rabiosa coyuntura informativa, barrunto varias posibilidades y casi todas estarían vinculadas con la situación de crisis económica y con el derecho a la autodeterminación.

A pesar de que no es fácil de percatarse cuándo una época, o mejor una era, comienza y otra acaba, pues se entreveran pasados, presentes y futuros, cuándo un ciclo histórico va dando paso a otro, pues la humanidad se mira todos los días en el espejo y no aprecia cambios notables de un día para otro. Sin embargo, decía, los signos comienzan a ser evidentes y los pensadores intuitivos apuntan con terquedad a que estamos ante la última fase del capitalismo, el financiero-especulativo, que está convirtiendo a esta doctrina, si ya antes no lo era, en un monstruo feroz y sanguinario, herido de muerte y que por ello, en su terrible afán de acumular toda la riqueza mundial, está dispuesto a dar los últimos y más terribles coletazos y dentelladas. Estamos en una situación de bastante perplejidad en la que los que por ejemplo tienen un dinerillo ahorrado no saben qué hacer con él, dónde guardarlo, dónde invertirlo, dónde esconderlo... Da la sensación de que el dinero se acaba.

Creo que fueron los indios delaware los que hace más de 300 años vaticinaron lo que puede ocurrir no dentro de mucho tiempo. Los «hombres blancos», dijeron los grandes jefes, convirtieron la madera en dinero y las aguas también. Los hombres blancos se comieron los bosques, destruyeron la tierra y se bebieron los ríos, los hombres blancos, concluyeron, se co-

merán el dinero. Y con el fuego de sus billetes calentaran los inviernos que les queden, añado yo.

En este final de era, y aquí se debería incidir en los editoriales, debe abrirse el gran concurso universal de ideas que den con un nuevo o nuevos sistemas «biosocioculturales», que adopten la técnica económica como herramienta del desarrollo colectivo, cooperativo y altruista, al servicio de las necesidades humanas. Se debe ir destruyendo el egoísmo capitalista, el individualismo de la avaricia.

Los editoriales deben avanzar proyectos educacionales para implementar un sentido más equilibrado del consumo, de la producción y de nuevas formas de vida más armónicas. Deben orientar para que se inicie cuanto antes un transcurso vital más estable, para un mejor vivir, donde la capacidad acumulativa de la riqueza no sea el objetivo social y no implique la creación de la diferencia, mediante la recuperación sistemática de la igualdad de oportunidades y del sentido de equidad del reparto de los bienes.

La política debe recobrar la vitalidad de la representatividad social, enflaqueciendo todo lo posible la delegación, oficializando y practicando el respeto absoluto a las identidades diferenciadas. Propugnar la erradicación del eurocentrismo hegemónico, investigar otras cosmogonías culturales como las que sur-

gen con fuerza en Latinoamérica. Deslegitimar el uniforme ideológico, desmontar el sentido trágico de la inevitabilidad sistemática del capitalismo: existen otras alternativas. Cerrar la privatización a perpetuidad, pues son, perdón por la redundancia «perpetuadoras» del abismo entre clases. Clamar por el impago de deudas llovidas de no se sabe de dónde que arruina a los pueblos. Reivindicar la morosidad ante los poderosos: que se coman su dinero.

En cuanto a Euskal Herria y la crisis económica que nos engulle en el tornado envolvente centrado en Madrid, hay que poner de relieve que el componente nacional se hace más fuerte como tractor del independentismo. Si bien es cierto que desde un sentido instrumental se banaliza el origen histórico de las identidades nacionales, éstas existen y apoyan con más fuerza la oportunidad de reclamar con más intensidad el derecho a la autodeterminación como factor estratégico que posibilite a nuestro pueblo la adquisición de plenos poderes, lejos del centro tornado-aspirador español que terminará, de seguir con la dependencia, por engullirnos, antes de elegir nuestras propias herramientas individuales y colectivas y vencer las dificultades como pueblo que somos.

La marca España, desgraciadamente por culpa de sus gobernantes, nos arrastra al abismo, y un pueblo tiene la

obligación de salvarse y poder así salvar a otros, también por obligación. Catalunya no es un ejemplo del que se puede entresacar miméticas lecciones, pero constituye un tema que debe monitorizarse para no perderlo de vista en ningún momento. Sobre todo cómo se va desarrollando el «no-diálogo» entre Barcelona y Madrid, y qué dinámicas irá adoptando el independentismo catalán ante la cerrazón absoluta del nacionalismo español a permitir cualquier sople de cesión soberanista. Escocia aparece como otra experiencia que de aquí a poco tiempo servirá para sacar importantes conclusiones. Incluso de aquí a su referéndum esta nación será motivo de observación en su día a día, cómo se prepara de cara a su primer plebiscito independentista y, también muy interesante, cómo es tratado el asunto en Europa.

Creo que en algún momento ya lo he mencionado, estoy de cuerdo en que una nación es una comunidad imaginada, que no imaginaria, lo que supone que sus ciudadanos unifican sensaciones, criterios, ideas, características, pensamientos, lengua, costumbres y voluntad sin mantener un vis a vis total a diario. Es casi un milagro una unidad identitaria que proviene de una nebulosa de los tiempos de cuando formábamos un grupo humano asentado, quién sabe, en las proximidades de Santimamiñe.

Es por ello de una importancia capital el rol de un periódico y de su intención editorial que con su labor diaria corporeice y dé visibilidad cuasi-física a lo que ya un gran número de ciudadanos vascos palpan desde su imaginación y que, por lo tanto, existe ya en forma tangible.

En este sentido, los editoriales (la línea editorial) deberían ser escritos y pensados desde una atalaya o plataforma sólidamente nacional vasca sin caer, ni por descuido, en la hipótesis o supuesto mental de estar todavía en trance de pretender ser nación. El periódico, su criterio vital, debe vivir ya «en una Euskal Herria independiente» no ya imaginada, sino real y vivida. El editorial debe decir, todos los días, «somos nación, vivamos libres, como lo que ya somos». Una nación cristalizada.

Si pudieras entrevistar a los agentes que de forma importante influyen en la situación vasca, ¿qué les preguntarías?

Casi todas las preguntas que se me ocurren ya han sido planteadas a casi todos los agentes susceptibles de ser preguntados. Quizás uno de los que más me gustaría que respondiera sería el PNV. ¿Hasta cuando una Euskal Herria en espera de ser plenamente soberana? ¿Cuál sería el plan concreto? Y múltiples variantes de parecido contenido. A la izquierda abertzale le trasladaría un cierto desasosiego... ¿Dónde termina, si termina, la

unilateralidad? Y a los demás, ¿qué es eso del suelo ético si todavía se está sacando de él cadáveres de torturados? ¿Qué coño de suelo ético es el construido sobre la represión, tortura y guerras? ¿Desde cuándo es ético el suelo que permite construir una nación abarcante en contra de la voluntad de otras nacionalidades? ¿Acaso el tiempo es la vacuna que neutraliza las injusticias de origen?

El PSOE y demás partidos españoles no me motivan demasiado, pues de entrada me conozco, como diría el poeta León Felipe, «todos su cuentos». El primero, que verbalizan tartamudeando, trata de negar el derecho a la autodeterminación por una razón metafísica incuestionable desde la inteligencia: «Porque no se contempla en la Constitución española». Al parecer, la mencionada es la verdad revelada por Dios que, como se sabe, es español; y a más abundamiento, familiar directo de los Reyes Católicos, de Fernando VII y de José Antonio Primo de Rivera: España quiere seguir siendo un Estado por la fuerza de las armas y sabe que su artificial configuración se puede ir a la porra a nada que abra una ventana democrática. Y eso se llama miedo a la libertad.

El otro cuento, más intelectualmente ceporrón, y que algunos políticos lo incluyen dentro del estilo de la «picaresca española», (que es como camuflan su espíritu de tima-



Jon URBE · ARGAZKI PRESS

dores profesionales) y contestan que si se lleva a cabo un referéndum de autodeterminación –y lo dicen con una sonrisa seráfica– «debería votar toda España». Y se fuman un puro apestoso para celebrar la gran chorrada con la que se creen los más listos y los más demócratas del globo.

Cualquier día se celebrará un plebiscito entre las elites mundiales y España se convertirá en un casino-prostíbulo. Al tiempo. Otra cuestión es el paquete de preguntas que dirigiría a las instituciones internacionales que deciden cuestiones tan importantes

como elegir quiénes son los buenos y quién los malos del mundo, a quiénes se debe ayudar y a quiénes, incluso, atacar. En primer lugar les solicitaría información sobre quién les ha nombrado, cómo, por qué a ellos, cuáles son sus méritos y con qué ideario confirmable cuentan en sus currículums para impartir sus decisiones. Por qué se mantiene el derecho a veto en la ONU, por qué no hace ni puñetero caso Israel y no se le sanciona nunca, por qué el «eurocentrismo» invade hegemónicamente Naciones Unidas, para cuándo la prohibición y perse-

cución de los paraísos fiscales, cuándo la implantación forzosa de todos los derechos humanos en aquellos países que los suscribieron con la alegría propia de quien es consciente de que nunca iba a cumplir. Quién elige a los responsables del FMI, del BCE, de los altos cargos de la UE. Quién los ha legitimado. ¿Cómo hemos llegado a esto? ¿Qué hacer?

En fin, las preguntas se amontonan día a día sin que haya respuestas. Ni siquiera incorrectas. Además, pienso que la cuestión ya no está en formular interrogantes sobre los que, más o menos conocemos sus respuestas, sino plantear y dar a conocer soluciones plausibles, de sentido común, que puedan resolver de verdad la vida de los más desfavorecidos, que cada vez son más. En ese sentido, la gran pregunta es si alguien quiere aceptar el gran compromiso de dirigir, fomentar, coordinar y asumir la gran revolución ciudadana que es necesaria.

Que fue “Egin” para ti

Una especie de gran aquarium donde viví toda mi juventud hasta llegar a la madurez. Un observatorio desde el que todo los días, como algo mágico, veía cómo transcurría la vida de Euskal Herria. Todo un privilegio que añoro profundamente con la fuerza de una adicción y que me mantiene en perpetuo síndrome de abstinencia... Para mí, todavía “Egin” es. No fue. ●